

SERMON
DE SAN ELÍGIO

Predicado en la catedral
de Méjico.

*Euge serve bone et fidelis, quia in pauca
fuiti fidelis supra multa te constituam.
Matth. cap. 25. v. 21.*

La economía prudente y sabia con que Dios elige á los hombres para diferentes destinos, y les distribuye á proporcion sus dones es la importante doctrina con que en el presente evangelio condena Jesucristo nuestras infundadas y frívolas escusas para no servirle fielmente. Pórtase Dios, segun la esposicion literal de los santos padres Gregorio y Ambrosio, como un cuidadoso padre de familias que repartiendo entre sus criados los varios oficios de la casa, da á cada uno las facultades necesarias para el desempeño. Y si bien en esta distribucion á unos tocan bienes de una clase, á otros de otra; á es-

ros mas, y menos á aquellos, siempre proporciona los talentos á los cargos, y los cargos á las personas. De suerte que ni la calidad del empleo, ni la cantidad de los dones, sino sola la fidelidad es la que gradúa los servicios, no siendo el mejor criado el que tiene mejor destino, ni aquel á quien se confia mayor caudal; sino el que mejor y mas fielmente administra y usa del suyo. Verdad no menos sencilla que provechosa; de cuya afectada ignorancia nacen en el mundo cristiano dos desórdenes lamentables al par que comunes. Juzgan unos que servirian facilmente á Dios en el estado que no tienen, y alimentándose con vanas imaginaciones de las virtudes que podrian exercitar en otros destinos, no se aplican á practicar las que corresponden al suyo. Figúrase el pobre que hallaria en las riquezas los medios mas oportunos para ser santo; mientras que el rico envidia el desembarazo de cuidados, la robusta complexion, y otras proporciones del pobre para la virtud: el que lleva una vida activa cree que en el retiro y tranquilidad de la contemplacion encontraria mas fáciles y llanos los rumbos para el cielo, y el destinado á la vida contemplativa se pinta entre los afanes y sagradas fatigas

de una virtud ocupada en bien de los próximos mas heroico y menos difícil el servicio de Dios. El soltero se imagina satisfecho con las gracias de un matrimonio que enfrenan la pasión mas rebelde, y el casado suspira por la libertad del celibato que solo tiene que atender á su salvacion.

Otros, por el contrario, bien hallados con un destino que se conforma á sus inclinaciones, sirven á Dios en apariencia; pero con una especie de vivacidad y apego á sus egercicios que pasa á ser pasión. Como el genio nunca renuncia del todo sus derechos, el gusto arregla sus virtudes reusando y aun condenando las que él no canoniza. El vivo ardiente se halla bien con un celo impetuoso, y califica de indolencia ó condescendiente cobardía la prudente moderacion y dulzura: el suave, y naturalmente pacifico, contento con el retiro y con una humildad de temperamento, censura como altanerias orgullosas las empresas activas. Unos descontentos con el servicio que Dios les pide querrian el ageno: otros, prevenidos á favor de su destino, miran con horror los demas: aquellos mas parece que aspiran á que Dios les sirva, que á servirle ellos: estos sirven fielmente mas que á Dios á sus inclinaciones. Criados infieles unos y otros,

los primeros por lo que no hacen, y por lo que hacen los segundos. Solo merecen ante Dios el título de siervos y de fieles servidores los que sin consultar á su genio y su gusto, sin atender á lo próspero ú adverso, oscuro, ó brillante del estado ó empleo llenan el servicio que Dios les impone prontos á alterar cualquier otro. Tal fué, señores, aquel varon incomparable, patron illustre del noble arte de platería, honor del estado y la iglesia, el santo Eligio. Hombre en quien no es fácil decidir si se mostró mas admirable la Providencia conduciéndole por estranos rumbos á empleos los mas disimulos, ó en sostenerle para que la variedad de condiciones no alterara ó disminuyera su fidelidad. Siervo que, pronto á desempeñar todo género de servicio, unió en si tan diferentes caracteres, que la elocuencia mas artificiosa jamas podrá reducir á una simple idea el elogio de sus virtudes. Si le considerais dedicado al humilde noble egercicio de platero, os parecerá el siervo de cinco talentos en los que (á juicio del Gregorio) se simboliza la ciencia cristiana de obras exteriores: si sobre la cumbre del valimiento y del obispado, creereis ver en él aquel otro siervo de dos talentos dotado de las ciencias sublimes, y obrando

maravillas en favor de los hombres. Por tanto si la fidelidad de cada uno de aquellos se hizo tan recomendable en lo poco, disturriré del mérito de Eligio, porque reuniendo en sí ambas especies de talentos y de fidelidad se calificó por un siervo fiel en lo mucho. Dadme vuestra atención, y antes ayudadme á implorar el socorro de la que honrándose con el renombre de criada del Señor ha merecido ser llamada por antonomasia la virgen fiel.

AVE MARIA.

Casi á cada paso tropieza la fidelidad del hombre en los caminos del divino servicio entre los riesgos de su orgullo y de su inconstancia. Está le hace molesto y fastidioso un tenor uniforme de vida, y suspirando continuamente por la suerte ajena ve con horror las obligaciones de la suya. Aquel le representa como una esclavitud dura cualquiera ocupacion de que él no ha sido autor. Si se mira en un estado en que no tuvo parte su inclinacion, ó su solicitud exige del diferente servicio reputa por imposible, ó por estremamente árduo llevar un yugo que él por su mano no se impuso. La uniformidad le fastidia, la mudanza involuntaria irrita su soberbia: siempre infiel, sea uno ó sean varios, sea poco ó mucho el servicio que

le impone su dueño. Venturosas aquellas almas privilegiadas que sin consultar sino á la voluntad del Señor, indiferentes á toda suerte, no menos fieles entre la oscuridad y el polvo de una humilde condicion, que entre el brillo y las honras del mas alto empleo llevan como grabado profundamente en el corazon aquel orden que daba Dios á Jeremías: *Ad omnia que mittam te ibis*. Bello carácter de un siervo que no limita su fidelidad á lo poco, y con que se señaló Eligio desde los primeros pasos de su vida. Aun no habia nacido cuando ya le anunciaba el cielo con aquella especie de prodigios que suelen prevenir la admiracion de los grandes sucesos. O fuese vision, ó misterioso sueño, le pareció á su madre que una águila descendiendo sobre ella giraba respetuosamente tres veces al rededor de su vientre. Sea que esto simbolizara la sublimidad de espíritu ó los tres diferentes estados que fielmente habia de llenar el hijo que iba á nacer, de aquí tomaron ocasion sus padres para ponerle el nombre de Eligio ó Eloy: esto es, el escogido de Dios. No es extraño que prevenidos de este concepto se esmeráran en dar al niño la educacion mas arreglada procurando sembrar en su corazon tierno las semillas de la virtud. Pero

si es de admirar que despues de haber aplicado su padre á Eligio por algun tiempo al estudio de las letras, repentinamente se hiciese abandonar éste para que aprendiera el noble arte de la platería. Las altas esperanzas que por los anuncios del cielo habian concebido sus padres de este jóven, su ingenio, su viveza; su penetracion y aptitud para las ciencias, que le proporcionaban grandes progresos por este rumbo, parece que califican de imprudente su resolucion. Pero llegará el día en que la Providencia, que muy de ante mano prepara sus fines, y hace servir á ellos los medios al parecer menos conducentes; llegará el día en que manifieste cuánto importaba al estado y á la iglesia un Eligio estudiante convertido en platero. El entretanto dócil y fiel á la voluntad de sus padres, en quien reconoce al mismo Dios, dedica todos sus talentos á la platería, y hace ver que no menos las aulas que una tienda ó un obrador son terrenos fértiles de virtudes. No, no necesita retirarse al horror de las grutas, á la oscura soledad de un claustro para buscar por medio de la continua contemplacion y de penitencias crueles á Dios: allí, allí mismo le halla en su gracia. Ya dibuje, ya forje, ya vacie ó ya cincele; el la-

piz, el martillo y el cincel le sirven de instrumento no menos de su propio trabajo, que de labrarse por medio de ellos una rica corona de heroicas virtudes. Ingenuo y sincero en lo que propone, fiel y puntual en lo que promete, arreglado á su arte para trabajar con primor y delicadeza, á la justicia para ajustar los precios; humano, pero celoso sobre la conducta de sus dependientes, observante de las leyes comunes á todo cristiano: veis hay en Eligio lo que se necesita para ser un platero hombre de bien y lo que basta para ser un platero santo. Cuando atento el hombre á las peculiares obligaciones de su estado y empleo observa sus menores ápices; cuando puestas las manos en la tierra, y en el cielo los ojos, ó ya dedicado al comercio, ó á cultivar la tierra, ya velando sobre la educacion de los hijos, ó ya entre el tumulto de los negocios no se busque á sí mismo, sino á la voluntad de su Señor, ¿ó cómo entonces las sendas mas escabrosas y cercadas de peligros se le convierten en caminos anchos y abiertos que llevan al templo de la santidad! El mundo á pesar de sus errados juicios, y por mas que en el diccionario de ciertos impios sienen como cosas distintas hombre de bien y cristiano; el mundo mismo que jamas ha llegado á

persuadirse que pueda ser fiel en su estado, y á los hombres el que no es fiel á Dios, daba á favor de Eligio el mas relevante testimonio de esta verdad venerándole con el nombre del religioso secular. Mas al paso que no aspiraba sino á hacer servir su habilidad é industria á su propia santificación, se iba, sin pensarlo, fabricando los escalones por donde subir á la cumbre del honor y el poder.

Y ¿quién, señores, imaginára que un platero por su fidelidad y buena fé en trabajar dos esquisitas piezas con los metales y piedras que se le habian dado para una sola, habia de merecer la privanza y valimiento de un grande monarca? Pero solo puede estrañarle quien no conoce cuánto importa, aun para los adelantamientos temporales, cumplir fielmente con las obligaciones del estado ú oficio, ¿y quién no flexiona que aun respecto de los bienes caducos suele el Señor levantar á grandes cosas á los siervos que le son fieles en las pequeñas? En efecto, si la impensada elevacion de Eligio hubiera sido uno de aquellos sucesos que llamamos monstruosos abortos de la fortuna, ó en que suelen tener parte los artificios, la lisonja ó el poder de una proteccion antojadiza debia temerse con razon que al nuevo válido, ó

le faltaran los talentos proporcionados á su empleo, ó la fidelidad para usar de ellos. Porque ¿qué puede prometerse el hombre cuando con sus temerarias peticiones y solicitudes injustas turba y trastorna el órden todo y economía de la casa de Dios? Quiero decir: si la ambicion ó el interes de un violento deseo de engrandecer la familia, si la ansia de satisfacer nuestras pasiones son las que nos llevan á abrazar el estado, ó solicitar el empleo, á seguir un partido ¿no es esto que los criados se tomen á su antojo el oficio, sin que el Señor elija y señale los ministerios? Es verdad que la mano todopoderosa reparte los talentos, y su amable providencia sostiene y ayuda la fidelidad de sus siervos; pero esto es cuando sea, poco ó mucho, grande ó pequeño el cargo, puede el Señor decir: *non vos me elegistis; sed ego elegi vos*. Por eso Eligio, cuyo nombre no era un vano sonido impuesto por la vanidad ó por el acaso, en calidad de elegido por Dios llegó á desempeñar con la mas exacta fidelidad un empleo tan difícil. Ni su amor al retiro, ni su genio nada conforme á los artificios y politica de una corte, ni su poca práctica en los negocios de estado le impidieron para ser un escelente ministro. ¿Y en dónde direis, con razon, aprendió

este hombre, criado en un rincón humilde, que ha consumido sus mejores años en los conocimientos y práctica de la platería? ¿en dónde aprendió el arte arduísimo de dar leyes á los pueblos, de arreglar los intereses de las potencias, y de gobernar á su arbitrio los corazones de los reyes? En dónde sino en aquella escuela de la fidelidad; de dónde salieron sino desde el manejo del cayado y de la honda para empuñar el baston y el cetro los varones mas esclarecidos del pueblo amado? Si: todo lo puede un criado que no consultando para obrar sino la voluntad de su Señor, se hace en cierto modo digno de que deposite en sus manos caudales inmensos.

Yo solo pudiera esponeros el uso fiel que hizo de los suyos Eligio, si fuera capaz de representaros aquella admirable destreza con que él sabia combinar y exercitar dotes y oficios tan irreconciliables. Agradable á un tiempo á Dios y á los hombres con una mano sostiene el trono, y con otra el santuario. Tres monarcas le aman con una especie de apasionada ternura, que rara vez se conforma con la magestad, sin que jamas se asomara en sus labios la menor palabra de adulacion: él habla sin acobardarse en presencia de los reyes de la ley del Señor, y Clodoveo

le escucha como oráculo: Dagoberto le respeta, y con las lecciones que de él recibe reforma su vida: Clovis, como encantado de sus dulces palabras y elocuentes discursos, apenas puede separarse de su compañía. Tan pronto le vereis para visitar con lucido, pero modesto aparato, las cortes empleado en utilísimas embajadas; como para fundar con sus desvelos y caudal la celeste abadia de Soliñac, el monasterio de mas de doscientas religiosas de San Marcial, y la parroquia de San Pablo: no menos revestido de gravidades cuando dicta providencias y firma ordenanzas para el gobierno político de la Francia; como reverente y humilde cuando derrama su corazon entre lágrimas y suspiros á los pies de Dios crucificado; tan activas sus manos para repartir beneficios y limosnas, como cruelmente diestras en destrozár su cuerpo con rigorosas penitencias. No hubo en Eligio talento ocioso, ni hizo de ellos otro uso sino para servir á la gloria de su Señor tanto que, como si reputara un delito conservar escondido, ó inútil aquel don de la industria de su arte en que habia gastado la juventud, no se dedignaba emplear las pocas horas que hurtaba á otros trabajos en el de la fábrica y labor de alhajas

y piezas de oro y plata casi todas dedicadas al culto de Dios y de sus santos. ¡O qué espectáculo tan agradable al cielo, tan admirable y raro á los ojos de los hombres, un ministro de estado, el oráculo de la Francia, las delicias de sus reyes entre el humo y hollin de una fragua sirviendo á Dios á los golpes de un martillo por no tener sepultado el talento de sus industriosas manos! Días verdaderamente dorados de cristianismo en que los gabinetes políticos eran un taller en donde se fabricaban, y de donde salian adornos preciosos y ricos para los templos y altares.

Me parece, señores, que en este fiel empleo de aquellos cinco talentos que denotan la ciencia de las cosas exteriores: esto es, que en la aplicacion á promover el exterior adorno de la casa del Señor se ensayaba sin saberlo Eligio para aquel mas sublime ejercicio á que le destinaba el cielo de cuidar del espiritual ornato de la iglesia. Y ¿qué transformacion tan extraordinaria es la que va á hacer Dios de este su fiel siervo? San Acacio, obispo de Noyon y Tornay, ha muerto, el clero y pueblo de aquella diócesi piden con instancia á Eligio para su pastor y prelado; pero él, que por espacio de cincuenta años ha corrido por unas sendas tan dis-

tantes de las que llevan al sacerdocio sumo, ruega, llora, suspira, y con una humilde resistencia huye su cabeza de las sacrosantas infulas de la mitra. Al fin, pasados los primeros esfuerzos de su insigne humildad, conoce que Dios es quien le llama, y persuadido á que el criado no debe tener otro oficio que el que le señala su señor acepta el obispado. ¿Os acordais, señores, de aquellos primeros pasos que dió el jóven Eligio en la carrera de las divinas letras, pasos por tantos años interrumpidos, y que hasta ahora habian parecido inútiles para las diferentes condiciones de su vida? Pues reconoed ahora la suave fuerza de aquella Providencia que sabe unir para sus fines los principios con los extremos: *attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*. Llegó ya el tiempo en que emplee Eligio ventajosamente en servicio de su Señor aquel primer talento. Corto parecería sin duda el de una pasagera instruccion en los primeros principios de las ciencias para ser el maestro que enseñe, que corrija, y que con la luz de su doctrina destierre las siniestras del error. Pero ¿cuándo acabaremos de persuadirnos á que para cumplir con las obligaciones del estado ó destino á que Dios nos lla-

ria, jamas nos faltan proporciones, sino la fidelidad en usar de ellas? Infieles á los talentos que Dios os ha confiado: ¿de qué os quejais si los disipais prodigamente en perjuicio y agravio del sumo soberano Dueño? ¿Qué de horas al día gastais en visitas inútiles, en ociosas conversaciones, en pasatiempos, en hacer nada, que podiais dedicar á la leccion y meditacion de las verdades santas? ¿Cuánto se sacrifica al juego, al gusto de una dama antojadiza, á ridiculos gastos que verdaderamente se hurtan á la propia familia, y á los pobres de Jesucristo? Qué de aflicciones, y trabajos, qué amarguras y penas en todo estado, talentos preciosos que disipa nuestra impaciencia, y con que geariamos un tesoro de méritos por medio del sufrimiento humilde? ¿Para qué disculparnos con infundadas quejas? En el comercio del cielo ningun caudal es bastante puesto en manos infieles, y ninguno corto si le maneja un siervo vigilante y fiel. Por corto que se creyera el de las ciencias que adornaban á Eligio, su constante fidelidad atrajo sobre si tales, y tan copiosas luces, que llenó con asombro los altísimos fines del obispado. Si escribe, parece por su ingeniosa solidez y copia de doctrina un Agustin. Si reforma la disciplina,

parece por su celo y severidad un Ambrosio; si predica, si enseña, si visita su diócesis en todo parece un apóstol. Decidlo vosotros pueblos de la Celandia y Brabante, cantones de Gante y de Courti, que viéndole regar vuestro suelo con sus sudores, y desterrar la idolatria con su predicacion le venerasteis por un nuevo apóstol. Decidlo, sabios criticos, qué erudicion, qué sutileza, qué nervio no reconocisteis en uno de los escritos de Eligio, cuando por mucho tiempo le reputasteis parto del sublime Agustin. ¿Y qué dirian aquellos rebeldes que, conjurados contra él por los edictos y exortaciones, con que declamó contra los bailes inhonestos y otras diversiones gentílicas, esperimentaron lo fuerte y dulce de su celo primero en el castigo, y últimamente en el perdon? Y nosotros siervos perezosos, é infieles! ¿qué diremos, ó qué excusa nos resta convencidos á la vista de este egemplar de que no es el estado, ó el empleo el que hace santo al hombre, sino el uso de los talentos, que Dios distribuye á todos á proporcion, el que santifica las condiciones y los cargos? Estudio de las letras, industria, manejo de negocios, ministerios sagrados: todo puede servir igualmente á nuestra propia santificacion.

Eligio estudiante, platero, cortesano, obispo, en todo fué grande á los ojos de Dios porque fué fiel en todo.

Gózate en hora buena, siervo fidelísimo, y cíñe tus inmortales sienes con la vistosa y rica corona que te labró tu fidelidad entretejida de tan diferentes lanreles. Gózate por siglos sin fin, y estiende ácia todo el mundo cristiano tu poderosa proteccion desde aquel alto asiento á que te levantó por tu fidelidad en lo mucho, el soberano Padre de familias Rey de la gloria.

SERMON

DE SAN BERNARDO,

Predicado en su iglesia el dia 21 de Agosto de 1768.

Ecce nos reliquimus omnia: : sedebitis super sedes duodecim. Matthæi cap. 19.

Aquella potestad soberana que en el evangelio presente promete Jesucristo á los que con intrépida resolucion, renunciando á los placeres, á las riquezas y á los honores que ofrece el mundo, han seguido sin reserva el estrecho camino de la cruz; es una de aquellas verdades mas importantes de nuestra religion, que sirviendo de dulce aliento al justo en las penosas sendas de la virtud, es rayo que aterra y atemoriza al pecador en medio de los mas deliciosos placeres. El mundo engañoso siempre en sus medidas acostumbra á discurrir de la felicidad de los hombres por aquellas doradas apariencias que deslumbran los ojos carnales; pintando con los colores mas tristes y som-

brios la perfeccion evangélica, y el total desasimiento de los placeres y riquezas nos representa á los varones apostólicos en aquel estado, en que renunciando á todo lo terreno se niegan á las bellas esperanzas del siglo, reducidos á una vida triste, melancólica, despreciable y sin honor. Pero el soberano maestro, cuyos juicios no estan sujetos al error, quiso convencer de falsa esta perniciosa máxima en la magnífica promesa que hace á Pedro, y á todos los varones apostólicos de aquel honor sublime con que ha de honrarlos en el dia del juicio universal sentándolos á su lado como compañeros y participantes de su poder, constituyéndolos jueces soberanos de los hombres. En el dia de la resurreccion de nuestros cuerpos, decia Jesucristo á San Pedro, que solicitaba saber qué premio tendrian por haber dejado todas las cosas por su amor; en el dia de la resurreccion, cuando el hijo del hombre lleno de magestad venga á juzgar á los mortales, os sentaréis tambien vosotros en calidad de jueces á proferir sentencia sobre los hombres todos. ¿Y cuándo llegará este dia tan glorioso para los justos y tan temible á los pecadores? ¿Cuándo vendrá nuestro Señor Jesucristo á juzgar los vivos y los

muertos? El dia del juicio vendrá, responde el catecismo, con gran gloria y magestad á juzgarnos y á dar á cada uno conforme á sus obras, á los buenos vida perdurable, y á los malos pena y muerte eterna. ¿Qué desengaño, señores, qué verdad tan terrible! Llegará por último el tiempo en que, corriéndose el velo á nuestras conciencias, se descubran aquellas feas manchas, aquellos torpes hechos que nos gloriamos haber tenido hasta ahora ocultos. El dia último de los tiempos, dia grande del Señor, se oirán en el gran teatro del mundo envueltas en tristes gemidos las voces de un tardo desengaño, con que confesarán los mundanos que los deleites, las posesiones, los honores en que colocaron en un tiempo su felicidad, no han sido sino instrumentos de una eterna infelicidad, colmada de deshonra, de dolores y de pobreza. Si, levantarán los ojos y verán sobre las álas de los vientos ó sobre vistosas nubes presidir magestuosamente á aquel gran juicio y proferir contra ellos la sentencia á aquellos que ó en el retiro de un monasterio, ó en medio de la corrupcion del siglo, renunciando á los deleites y placeres, despojando su corazon del amor de las riquezas, aparecian á sus ojos como

hombres infelices, sin honor, espíritus, según el lenguaje del mundo, apocados y gétricos que no saben gozar de los placeres de la vida. Mas estos mismos ahora como jueces soberanos triunfan gozosos conociendo que una pobreza temporal se les recompensa con eterna riqueza, una mortificacion pasajera con un torrente de delicias y el desprecio del mundo con una inmortal gloria. Tanto como esto, señores, es lo que ha reservado nuestro amante Dios á los apostólicos varones, y entre ellos al apóstol de la vida monástica, firme columna de la iglesia, apoyó de la religion, restaurador de la disciplina eclesiástica, el grande abad de Clabral, Bernardo.

A la verdad que si esta soberana investidura de jueces es el honor con que en el dia del juicio universal se han de distinguir todos aquellos que imitaron á los primeros apóstoles, que han renunciado por Jesucristo los intereses todos, y los lazos del mundo: es singularmente debida al gran padre San Bernardo que, á mas de haberse despojado de las esperanzas todas del siglo, supo unir á la contemplacion del retiro la accion servorosa del apostolado. Mas aun en esta maravillosa alianza de la contemplacion

monástica con la accion apostólica halló otra cosa mas singular, y es que ó ya estuviera Bernardo lejos del ruido del mundo en la soledad del retiro ocupado solo en Dios, ó ya se dejara ver en medio de las cortes mas brillantes de la Europa como árbitro entre las diferencias de los príncipes y potentados; siempre con el carácter de apóstol logró un soberano dominio sobre los corazones. Este dulce imperio de Bernardo sobre las voluntades, esta suave fuerza con que supo atraerse á sí aun en el retiro del claustro á los hombres fué como un gage anticipado á aquella superioridad, con que resplandecerán los apóstoles como jueces del universo en el dia del juicio final. Los demas renunciando al mundo lograrán en aquel dia ser sus jueces; Bernardo aun antes de este dia ser su victorioso triunfador: los demas huyen del mundo por seguir á Dios; Bernardo huyendo de los hombres hace que los mismos hombres le sigan. Este dominio, pues, estas victorias, que resplandecieron siempre en las acciones de Bernardo, serán la materia de este breve rato en el que os haré ver, que el dulce imperio de Bernardo sobre los corazones de los hombres fué el carácter que le constituyó apóstol

victorioso del mundo en el retiro del claustro, y en el bullicio de la corte. Ciertamente que una gloria tan singular pedía como de justicia para su elogio la adorable presencia de aquel Señor, que oculto bajo las apariencias de un pan comun sirvió de arma poderosa á Bernardo para aquellas victoriosas conquistas con que supo triunfar de los mas rebeldes corazones. Dos veces interrumpió el tremendo sacrificio de la misa se dejó ver Bernardo con el sagrado cuerpo de Cristo en las manos, la una para triunfar del obstinado corazon del príncipe Guillermo, la otra para arrojar de una infeliz muger el infernal espíritu que la poseía. Y si tanta parte tuvo en las victorias de Bernardo Jesucristo Sacramentado, sea su adorable presencia en este dia la que honrando á su siervo sirva de aliento á mis palabras ilustrándome por intercesion de Maria Santisima con un rayo de su gracia. Ayudadme á pedirselo saludándola con el ángel. AVE MARÍA.

Ecco nos &c. M. ubi sup.

Es el corazon del hombre (S. S. S.) símbolo de la voluntad y noble oficina de sus afectos, la plaza mas fortificada

de este pequeño animado mundo y la firme ciudadela de donde proviniendo todo el poder de su defensa es su triunfo ó su vencimiento quien decide de una completa victoria. Los ocultos resortes y movimientos porque se rige, superiores á nuestro conocimiento, las tropas de afectos que á cada instante le rodean, su nativa volubilidad é inconstancia son otros tantos firmes muros que le defienden. Hablemos sin figura, bien sabéis cuan dificilmente se conquista y se vence un corazon á que abraza sinceramente una total renuncia de sí mismo siguiendo cuanto tiene de áspero á la carne la perfeccion evangélica y sugetando sus luces á la sencilla representacion de la verdad. Las pasiones siempre en continua guerra, los perversos egemplos, los encantos de los placeres, el incienso de los honores, los particulares intereses hacen que cuando se piensa haber ganado para Dios un corazon, no haya sido sino una aparente tregua de que con mas rigor vuelven reforzadas las pasiones á egercer su dominio. Por eso frecuentemente en la escritura santa se nos propone como propio de un Dios infinitamente sábio y poderoso el descubrir los fondos del corazon y el triunfar de ellos sugetando

los á abrazar unas heróicas resoluciones. Ésta gloriosa prerogativa, que en parte ha comunicado el Señor á sus apóstoles, fué el singular carácter de Bernardo, ó ya que en el retiro de un monasterio se ostentára apóstol del instituto monástico, ó ya que en el ruido del siglo apareciera en los negocios mas grandes árbitro de los corazones. Mas no penséis que este dulce imperio con que en lo mas escondido y áspero de un claustro supo triunfar Bernardo victorioso de los hombres, fuera solamente efecto de aquellos dotes naturales que tanto nos encantán, y que arrastran ácia quien los posee las voluntades. Yo bien sé que adornado Bernardo de los dones de la naturaleza, colmado de bienes de fortuna, tenia en ellos cuanto podia desear para llevarse tras sí los corazones haciéndose un lugar distinguido entre los hombres. La nobleza de su cuna, la gallardia y hermosura del cuerpo, una imaginación viva y penetrante, la afabilidad y dulzura de sus tratos desde sus primeros años le grangeaban el amor de cuantos le trataban. Pero Bernardo, que conocia que en medió de la corrupcion del siglo no suelen servir estos dones sino para unos triunfos criminales, lamentán-

dose al ver que la hermosura, las luces del ingenio, los honores, las riquezas se convierten en instrumentos ya para tender lazos á la honestidad, ya para servirse mas facilmente de ellos para dar suelta rienda á las pasiones, determinó negarse á todos los alhagos de la naturaleza y la fortuna. Huyó de aquellos triunfos con que el mundo le convidaba, conociendo que no son otra cosa que una aparente victoria en que el que vence es cautivo y esclavo de sus mismas pasiones. Deja su casa, su familia, las esperanzas todas sepultándose en el retiro de la mortificada y austera religion del Cister.

Veis aqui, señores, el primer paso de la vida contemplativa de Bernardo; pero veis tambien su primer triunfo, y como en el modo mas raro comienza á arrastrarse tras sí, y hacerse dueño de los corazones retirándose de ellos. Lo que apenas se leerá de santo alguno en la historia eclesiástica de tantos siglos; luego que Bernardo se retiró al sagrado del Cister, treinta de sus amigos, sus seis hermanos, su padre mismo, no pudiendo resistirse á aquel dulce atractivo del nuevo monge, se ofrecieron á Dios en el mismo monasterio, comenzando á triunfar Bernardo

por aquellos que suelen ser los domésticos; pero los mas temibles enemigos de tan santa resolucion. No sé al considerar atentamente este como ensayo del imperioso poder de Bernardo si sea mayor el regocijo que se escita á vista de tan piadoso espectáculo, ó la admiracion de ver como dispensadas aquellas ordinarias y comunes leyes que ha establecido el Señor para los que en apostólica constancia se entregan sin reserva á su servicio. Por una parte ¿quién no se llena de júbilo al ver que los amigos, los hermanos y el padre; que una familia florida de jóvenes, cuyas ideas no suelen ser otras que levantar por las mas ricas y nobles alianzas el esplendor de las casas, y un padre y unos hermanos que abusando por lo comun de su autoridad y amor suelen presentar mil fingidos obstáculos, mil aparentes inconvenientes á los hijos que emprenden renunciar al siglo en una religion: ¿quién, digo, no se pasma de júbilo al ver á estos mismos siguiendo el exemplo de un hijo y hermano componer una religiosa familia? ¿Al ver un padre anciano sugetarse, obedecer, oír con humildad las lecciones é instrucciones de su hijo reconociendo por padre en Jesucristo á aquel mismo á quien él habia dado el sér y la vida? ¿y quién no se llena

de admiracion cuando sabe que el mismo Dios no admite á ser su discipulo sino al que desatado de los lazos de la carne está sin ellos mas libre para una santa abnegacion? Romped, dice Jesucristo en el presente evangelio á sus apóstoles, romped los fuertes nudos de la sangre, dejad padre, madre y hermanos, porque de otra manera no podreis ser discipulos míos: *Qui non reliquerit &c.* Mas ¡ó que estas leyes sagradas parece estar dispensadas cuando se trata de un discipulo cuyo caracter fué triunfar de los corazones y atraérselos á sí cuando se retiraba de ellos! Dejó, es verdad, Bernardo su casa, sus hermanos, su padre; pero aquel dulce imperio de que estaba adornado, aquel suave atractivo de las voluntades hizo que á un mismo tiempo tuviera el mérito de dejarlos en apartarse de ellos, y la gloria de tenerlos ganándolos para Jesucristo. Así, señores, á cada paso de Bernardo corresponde un triunfo: cuanto mas deja, tanto mas conquista, y como vencedor glorioso del mundo parece que solo se retira de él para ganarle á Dios.

Al considerar que aun apenas era discipulo en la vida contemplativa y retirada; y ya soberano maestro enseñaba y conquistaba para Dios á sus mismos

allegados; no hay que admirar que fueran despues tantas sus victorias, quando consumado en ella llegó á ser como el restaurador y el apóstol de la profesion monástica, que afirma el piadoso autor de su vida, que en su semblante se dejaba ver aquel imperio, aquella autoridad que tenia sobre los corazones: *Terror quidam, et auctoritas supra hominem in facie ejus victitabat.* Mas ¿de qué medios se vale este apóstol del retiro, este restaurador glorioso de la profesion religiosa para estas victoriosas conquistas? ¿Acaso recorriendo el mundo como apóstol infatigable, visitando los reynos, registrando las provincias predica á los pueblos, los instruye, les dá á conocer con la luz de su doctrina los engaños del siglo, y las incomparables ventajas de quien sirve á Dios negándose á sí mismo entregado á la mortificacion y el retiro? Nada menos; antes bien quanto hace Bernardo no presentaba á unos corazones corrompidos con las pasiones sino motivos de aterrarlos, y que ofrecian á su débil vista un método de vida imposible á las flacas fuerzas de los hombres. Seguid, señores, brevemente á Bernardo quando pasando de la casa del Cister á Clarabal sacó de allí como la ter-

cera religiosa colonia para ser padre y fundador del mas illustre monasterio. Clarabal, antiguo refugio de malhechores, se geto á la intemperie de un aire frio y nocivo; Clarabal fundacion estrecha sin fondos, y aun por su mismo retiro proporcionado á recibir los piadosos socorros de algunos fieles; Clarabal, profanado antes con robos, con muertes, con todo género de iniquidades, cuya sola sombría y horrorosa situacion atemorizaba á los hombres, es el lugar adonde vá Bernardo á establecerse para triunfar desde allí y atraer á sí como á lugar de delicias y gozos las voluntades de innumerables hombres. En este lugar pobre, retirado, horroroso, colocado Bernardo, repitiéndose así continuamente aquellas palabras ¿á qué has venido Bernardo? ¿Bernardo ad quid venisti? ¡Qué austeridad, buen Dios! ¡Qué mortificacion! ¡Qué humildad! ¡Qué oracion! Dirélo en una palabra. ¿Qué virtud hubo propia de un religioso que no resplandeciera en él como singular y característica suya? Sin duda que quando considerando una por una sus virtudes cada cual nos parece que es la que en él mas brilla, y volviendo á todas todas nos parecen su propio carácter; es preciso confesar que ya desde en-

tonces preparaba Dios en este apóstol del retiró un completo modelo de todas aquellas virtudes religiosas que en la sucesion de los siglos habian de dar al mundo tantos y tan diferentes institutos religiosos sostenidos en las virtudes propias de sus santos fundadores. ¿Habia un Domingo de Guzman, luz de la iglesia santa, de resplandecer en la predicacion evangélica como martillo de la heregia, y como fundador de la devocion de María? Pues estas dos virtudes parecian ya desde entonces las principales en Bernardo. La dulzura, la eficacia, el peso de sus razones, la fuerza de su predicacion le han granjeado el renombre de doctor meliflúo. María Santísima ¿ó qué esto solo pedia de justicia una oracion separada! María Santísima era el centro de sus amores, sólo su nombre era para él un torrente que le inundaba el corazon, sus prerrogativas eran materia de su oracion continua, y no podia acordarse de María aun desde tierno niño sin bañarse en copiosas y tiernas lágrimas: la devocion en fin á María le ha merecido entre los fieles el titulo de doctor Mariano. ¿Habia Francisco de Asis, serafin en carne, de asombrar al orbe con aquel abismo de humildad, con aquella humillacion prodigiosa

que le merecieron tan distinguidos favores del cielo? ¿Pues qué otra cosa mostró Bernardo en sus obras y palabras que una humildad tan sincera que, anonadado siempre en sí mismo, ni los honores, ni los milagros, ni la ciencia, ni aquel mudo testigo de su propia conciencia, que nunca le acusó de culpa grave, fueron bastantes á hacerle conocer lo que era; antes bien de este motivo se valia para vituperarse así mismo? Corren á buscarles los reyes y principes hasta los horrores de Clarabal, le visita en su pobre celda la suprema cabeza de la iglesia, se difunde por todo el universo el buen olor de su santidad: pues ¿oid entretanto á Bernardo y asombros, ¡Ojalá, repetia, estuviera tan abatido en el juicio de los hombres por los innumerables vicios con que verdaderamente estoy manchado; como me veo injustamente exaltado por las virtudes que falsamente me atribuyen. ¿Qué otra cosa soy yo, empleado en tan diversos ministerios, sino una ridicula quimera del siglo en que vivo? ¿Ni qué otra cosa parezco cuando no soy, ni verdaderamente religioso, ni cortesano, ni solitario, qué un monstruo compuesto de diversos estados? *Clamat ad vos monstruosa vita mea.* Aprended en estas palabras de

Bernardo espíritus altivos y orgullosos el mérito de aquella humildad divina en que los varones santos en medio de heroicas virtudes se reputan por delincuentes y pecadores. Aprended un arte, tan contrario al vuestro, de ser malos para sí, los que para todos son buenos; mientras vosotros, sepulcros de corrupcion y abominacion, no sufris de vuestro próximo la mas leve injuria, cuando olvidados de las máximas de Jesucristo no sabeis perdonar la menor ofensa, cuando la menor falta vuestra que se publique es para vuestros corazones agudo puñal de dolor: Bernardo santo; Bernardo sábio; Bernardo honrado; Bernardo, justamente reputado por monstruo de santidad, se reputa, se juzga, y el mismo se quiere dar á conocer por monstruo de iniquidad y quimera ridícula de su siglo: *Clamat ad vos monstruosa vita mea.* ¿Y quién de este modo pudo servir de modelo de humildad al serafín Francisco, que mucho que en las demas virtudes propias de los otros institutos religiosos resplandeciera tanto que pudiera servir de egemplar, á un Ignacio de Loyola contemplativo anhelando continuamente por la gloria de Dios, á un Pedro de Alcántara penitente, á un Juan de Dios caritativo? Digalo su oracion

continua, sus éstasis casi cotidianos, tanto que despues de un año no sabia si el techo del noviciado era de bóveda ó de madera: diganlo aquellas dulcissimas y suavissimas espresiones con que siempre habla de Jesus y de Maria, y mas que todo sus mismas obras lo digan que aunque llenas de sabiduria, de dulzura, de erudicion; no tuvo para ellas Bernardo otro maestro que la oracion y la soledad, y un espíritu todo en Dios. ¿Qué mucho que olvidado de la carne, aborreciendo el preciso sustento y el sueño necesario, enemigo irreconciliable de su cuerpo llegara con las sangrientas disciplinas, con los crueles silicios, con los austeros ayunos á estragarse de suerte que en alguna ocasion sin conocerlo bebió aceite por agua? Con razon el sumo pontífice Alejandro III, escribiendo á los obispos acerca de su canonizacion, no dudó afirmar que crucificado continuamente, muerto para el mundo logró en su interior mortificacion el mérito de los mártires santos: *Ita mundum sibi, et se mundo crucifixum redidit ut confidamus eum martirum merita obtinere sanctorum.* Con razon tambien al ver aquella caridad industriosa, aquella sagaz prudencia con que no aspirando á otra cosa que á la gloria de

Dios y al bien de las almas, siendo con los labradores sencillo, con los cortesanos político, con los letrados sutil, con los rudos grosero, podemos decir se hizo como otro Pablo todo para todos: *Omnibus omnia factus*. Y que decís ¿no es preciso confesar, que el que así desde su retiro hizo tan características suyas las virtudes todas de los religiosos institutos, fué en el retiro mismo apóstol de la vida monástica?

Mas ya veo que, aunque asombrados á tan lucido golpe, esperáis con ansia oír aquellos triunfos gloriosos con que os propuse á Bernardo victorioso en el claustro de los corazones de los hombres. Yo os confieso, señores, que, engolfado el discurso en este vasto océano de santidad sin hallar nunca fondo, cada accion de Bernardo me arrebatá, olvidándome que me restan aun mayores y mas gloriosas. Mas ¿qué os podré decir de sus triunfos, que no quede siempre inferior á su grandeza sin haber podido ni aun bosquejarlos toscamente? Yo os digera que casi cuantos iban á visitarle al monasterio, rindiéndose á la primera vista de Bernardo, sin poder huir aquel como dulce hechizo que brillaba en su semblante y en sus palabras, deseaban quedarse

en su compañía dejando el siglo por á religion, y os haria ver á innumerables jóvenes cortesanos, entre ellos á un Enrique, hermano del Rey de Francia, sábios instruidos, áulicos políticos que llegando á Clarabal, ó ya por diversion ó para tratar algunos otros negocios, fueron á vista de Bernardo despojos de su victorioso celo consagrándose á Dios en la religion. Mas esto es poco: yo os diria, que en breve tiempo fundó ciento y setenta monasterios tan numerosamente poblados que solo en el de Clarabal habitaban setecientos y setenta religiosos. Mas aun no es esto todo, porque á la verdad era tanta la autoridad magestuosa que brillaba en su semblante, tanta la imperiosa dulzura de sus palabras, tal el poderoso atractivo de sus obras, tanto, dejádmelo decir, aquel como encanto con que Bernardo se arrebatava trás sí los corazones, que de él en cierto modo podemos decir lo que del mismo Jesucristo admiraba el gran padre San Gerónimo: resplandecia, dice, en aquel humano semblante tal esplendor de magestad, que á sola su primera vista se ganaba todas las voluntades: *certe fulgor ipse et majestas que humana facie relucebat, ex primo ad se videntes trahere poterat aspectu*. No huye

con tanto temor un débil desarmado del poderoso enemigo que le persigue, como huyen á retirarse de Bernardo los hombres procurando no ponerse en presencia de aquel que ciertamente sabian habia de ganarles el corazon, escondian las madres á sus hijos, las mugeres á sus maridos, los amigos á sus amigos impidiéndoles que llegaran á tratar con Bernardo, porque sabian que ciertamente habian de seguirle. De este modo, señores, desde el retiro de su claustro, y desde la lobreguez horrorosa de Clarabal triunfa cual glorioso apóstol de la vida monástica, como luciente antorcha que el mismo ocultarla descubre su brillante esplendor, ó como finisimo imán que aunque retirado atrae así con suave violencia el mas rebelde acero. Y si de este modo egereció Bernardo un tan poderoso imperio sobre los corazones cuando sepultado en una estrecha celda solo parecia vivir para Dios en la soledad; cuáles serian sus triunfos cuando presentado en el gran teatro del mundo se le ofrecia el campo mas dilatado? Si así se ostentó apóstol de la vida religiosa en el retiro: ¿cómo no campearia apóstol de la disciplina eclesiástica en medio del siglo?

Ya sabéis que con ocasion de aquel

peligroso cisma escitado por Pedro Leon el año de 1130, que cual tempestuoso diluvio amenazaba el naufragio mas triste á la iglesia santa, dispuso Dios sacar á Bernardo de Clarabal al mundo colocando aquella luz, antes puesta en un rincón obscuro, en el mismo candelero de la iglesia. Ya habéis oido en este mismo lugar que fecunda fué esta sola empresa de Bernardo de acciones gloriosas y brillantes. El que antes amante de la soledad, ya apóstol infatigable camina á la Francia, á la Italia, á la Alemania, á la Inglaterra; visita las córtes mas lucidas y grandes; pasa tres veces los nevados Alpes, y en estas empresas apostólicas, como si él fuera dueño absoluto de los corazones, los reyes, los príncipes, los eclesiásticos, los seglares, los nobles, los plebeyos: todos se rinden á sus decisiones, y á sus palabras. ¿Se celebran concilios? él asiste, ¿se trata de los negocios políticos de Rogelio, de Lothario, de Enrique, soberanos príncipes de Inglaterra, de Alemania, de Sicilia? El es el árbitro. ¿Se forman respetables juntas de obispos? él las preside; todo el mundo parece que obedece á Bernardo. Yo me veo precisado á no cansar vuestra atencion deteniéndome en ponderar como tres sumos

pontífices Honorio, Inocencio y Eugenio le fian los negocios más interesantes: como dos cristianísimos reyes de Francia le encomiendan la decisión de los más graves puntos del reyno; como dos príncipes de Borgoña recurren á él como á su asilo: como pacifica la Guiena, la Sicilia, la Italia: como la santa silla le constituye legado universal en todo el orbe cristiano. Estas acciones tan singulares y gloriosas han arrebatado siempre la atención de los oradores que han sido muchas veces materia de vuestro pasmo y admiración; ¿pero qué deberemos pensar del dulce imperio con que Bernardo manda á los corazones al verle presentarse en el concilio de Campés para apaciguar el funesto cisma que había levantado Pedro de Leon y declarar á Inocencio por verdadero y sumo pontífice de la iglesia? El negocio era el más interesante á la misma iglesia, tratábase no menos que de que conociera el mundo todo quien era su verdadero pastor, su padre y el vicario de Jesucristo. Aguardaban los soberanos la decisión del punto, los fieles clamaban al Señor porque en tan oscura noche alumbrara á su iglesia; por todas partes se hacían oracion, ruegos, penitencias envueltas en lágrimas y suspiros.

Los venerables obispos, los sábios prelados, los doctores veían casi anegarse la nave de San Pedro en tan desecha tempestad. ¿Y quién unirá los ánimos tan altamente separados y discordes? ¿Qué autoridad será la que divididos de una y otra parte los ánimos de los príncipes pacifique los imperios, contenga el furor de las armas y obligue á tantos corazones á que abracen un mismo partido? Mas ¿quién lo creeria? se presenta Bernardo en aquella respetable junta: es decir, un pobre religioso vestido de un saco despreciable, un sacerdote humilde cuya autoridad toda se limitaba á las estrecheces de un monasterio; y á su vista todos callan, todos se suspenden, y todos en fin convienen que Bernardo es el ángel de paz enviado por el Señor para cortar de un golpe aquella funesta cadena de discordia. Habló en fin Bernardo; pero con qué humildad! con qué sabiduría! con qué dulzura! y á la voz de su decisión como si fuera el más soberano oráculo se estingue el cisma, se sujetan todos y es reconocido universalmente Inocencio por vicario de Jesucristo. Yo no hallo á la verdad otro elogio más proporcionado á esta accion tan singular que el que, en la historia eclesiásti-

ca de diez y ocho siglos, habiendo sido tantos los celosos varones á cuyo celo debe la iglesia santa el fervor de su disciplina, de ningun otro se sabe que haya sido adornado del Señor con tanta autoridad, con tanto imperio como fué este apóstol ilustre de la disciplina eclesiástica, á quien como á los apóstoles santos parece constituyó el Señor como príncipe triunfador sobre toda la tierra: *constitues eos principes super omnem terram.*

Ya no debemos admirarnos que quien así sujeta á su voz las voluntades como firme apoyo de la iglesia, sugetará también á la luz de su doctrina los entendimientos rebeldes confundidos, convencidos y lo que es mas, haciéndolos abrazar la verdad. Pedro de Abelardo, célebre maestro en París, agudo en sus disputas, instruido en la erudicion y bellas letras, ingenioso, penetrante y vivo: Henrico de Tolosa, hábil, astuto, que por sus discursos sutiles se habla erigido en maestro del Langüedoc: Gilberto Porretano, entregado á las especulaciones filosóficas; estos tres temibles gefes de errores que amenazaban una heregia dominante, fueron otros tres enemigos poderosos, á quienes no solo confundió, sino que convencidos atajó aquel mor-

tal cáncer que de su pestifera doctrina se iba introduciendo en el cuerpo de la iglesia. Viérais, señores, á Bernardo ya en el concilio de Sena contra Abelardo, ya en el de Rems contra Gilberto, ya en la Gascuña contra Enrico, ya orador activo declamando, ya filósofo agudo disputando, ya teólogo consumado explicando las cuestiones mas soberanas de la Trinidad en presencia de los prelados mas sábios y respetables. Y como, preguntemos, *quomodo hic litteras sciet cum non didicerit!* ¿Adónde aprendió Bernardo tanta ciencia? Acaso el que nunca frecuentó las universidades y las escuelas, retirado casi desde sus primeros años á un claustro, tan ocupado siempre, tan cargado de negocios tan diversos, ¿acaso aprendió tanta ciencia entre las sombrías encinas ó entre los horrorosos bosques de Clarabal? Así lo solia él decir como burlándose: aunque es verdad que solo en aquella sabia escuela de la contemplacion, que hace doctos á los mas rudos, aprendió Bernardo tanta ciencia, que como sus escritos admirables muestran llegó á unir y juntar cuanto separado resplandece en los doctores santos de la iglesia. La sutileza de Agustin, la suavidad de Ambrosio, la solidez de Gregorio, la profundidad de Gerónimo,

la elocuencia de un Juan Crisóstomo, ¿no las vemos aun brillar en sus obras? Si trata de la Trinidad augustísima, parece que habla un Hilario profundo; si explica el don inestimable de la gracia, parece que se oye á Agustino; si escribe sobre el sagrado misterio de la Encarnacion, parece que toma la pluma Cirilo Alejandrino.

¡O asombro, ó prodigio de santidad! ¡ó apóstol contemplativo, apóstol activo, que en el retiro y en el siglo, triunfando de los corazones, sujetando los entendimientos, se ha dado á conocer á la iglesia por apóstol de la vida monástica y de la disciplina eclesiástica! Este es, señores, un rudo diseño de aquel dulce imperio de Bernardo sobre los corazones, carácter y premio de sus incomparables triunfos que arrebatan toda nuestra admiracion, y que al mismo tiempo debian encender nuestro corazon, y alentarle á la imitacion de sus virtudes. Este ha sido siempre el espíritu de la iglesia en los panegiricos y solemnidades de los santos, escitar con su memoria á la imitacion de sus virtudes, como que no hay modo mas sólido, decia el gran padre San Agustin, de celebrar á los santos que imitarlos: en vano se fatigarian los ministros

del evangelio, y en vano con un culto vacío, y sin alma se emplearian los fieles en solemnizar aquellas virtudes que allá en el fondo de su corazon no les merecen el menor aprecio. Yo bien veo que este imperio de Bernardo, este colmo de honor, á que llegó desde su mortal vida, es uno de aquellos dones singulares que no suele el Señor dispensar sino á pocos para los inescrutables designios de su providencia. Mas que ¿él mismo no nos ministra la mas útil doctrina, no confunde aquellas perniciosas ideas con que nos presentamos la virtud y la perfeccion evangélica como el estado mas triste y despreciable? Hablemos sin rebozo: ¿qué otra cosa nos impide negarnos totalmente á los deleites y los placeres, qué otra cosa nos tiene el corazon fuertemente arraigado á las riquezas, qué otra cosa nos tiene en continuo desvelo, en solicitud de las honras mundanas que este falso concepto que tenemos de la virtud? Creemos que desde luego que demos de mano á los deleites, que apartemos nuestro corazon del afecto de las riquezas, que despreciemos el falso honor del mundo: creemos que todo ha de ser tristeza, todo amargura y que reducidos á una vil miseria y deshonra seremos el blanco de los des-

precios. Mas ¡ó máximas engañosas efecto de que aun no hemos gustado en la escuela de la virtud los sólidos deleites, las verdaderas honras que ella ofrece! Dígallo Bernardo, quien nunca llegó á gustar el dorado vaso de los venenosos placeres del siglo, lleno en medio de la mas austera penitencia de consuelo, de gozo, de delicias que le inundaban el corazon. Dígallo él mismo despojado de todos sus bienes, pero colmado al mismo tiempo del cielo tan abundantemente, que pudo fundar tantos y tan crecidos monasterios. Dígallo por último él mismo despreciando las honras del siglo, rehusando las dignidades mas honrosas de la iglesia, elevado por eso mismo al mas alto grado de honor. Sí, señores, la virtud es dulce, es suave, es abundante, es honrada; pero á quien con una total renuncia se entrega á ella, á quien, siguiendo sus ensangrentadas huellas, desnuda el corazon de todo afecto de la tierra. Pero querer colocar en un mismo altar á Dios y al mundo, vivir muy satisfechos con ciertos egercicios extraordinarios de devocion mientras que por otra parte, embriagado el corazon de los placeres de la tierra, se emplea lo mas precioso del tiempo en diversiones peligrosas, en conversaciones inúti-

les, en bailes, en espectáculos, en detestables correspondencias es fabricarse engañosamente un evangelio acomodado á nuestro apetito. ¿Para qué pues clamar, que la virtud es amarga, que el camino del cielo es espinoso: para qué aquellas pinturas tan tristes y horrorosas que se hacen de la vida devota, si esto no es otra cosa que efecto de unos corazones que, queriendo concordar el evangelio con el mundo, solo les parece amarga la virtud, porque solo quieren ser virtuosos á medias? Ojalá la virtud de Bernardo siempre triunfadora nos convenza de esta importante máxima, que solo hay gozo, honra y felicidad en el seguimiento de Jesucristo, y siendo esta una de sus gloriosas victorias lleve como encadenados en el triunfal carro de sus conquistas nuestros apetitos y falsas máximas. Bastaria solo volver los ojos á este religioso coro de vírgenes que, sin retraerlas ni la debilidad del sexo, ni los lazos de la sangre, ni los placeres y encantos del siglo, renunciando á todo por Jesucristo han arrostrado como Bernardo heroicamente todas aquellas prácticas de la perfeccion evangélica que, si á la primera vista son espinas agudas para las almas entregadas á Dios, son para estas religiosas virge-

cc:

nes espinas; pero no que hieren y lastiman, sino que las resguardan lirios fragantes para tejer una hermosa guirnalda de su divino esposo. Gloria grande tener por padre y por modelo al que apóstol del instituto religioso pudo ser modelo de los mas santos fundadores. Pero; ¿ó que estrecha obligacion de seguirle conociendo que no imitará el dulce espíritu de Bernardo lleno de delicias y honras del cielo, quien no imitare el espíritu de Bernardo mortificado y muerto totalmente para el mundo! Y si esta preciosa muerte fué la que despues de mas de ocho siglos te conserva aun inmortal en los cultos de la santa iglesia, y en la tierna memoria de los hombres, recibe en hora buena, apóstol triunfador, los obsequios con que esta muy noble y muy leal ciudad de Méjico confiesa agradecida cuanto debe á los felices influjos de tu patronato. A la verdad que si en los años inmediatos han llorado las mas provincias de Europa oprimidas de la esterilidad las escaseces de los frutos, fecundo origen de todos los males: debe Méjico celebrar en su abundancia la mano poderosa del que fertilizando sus campos ha desterrado con la copia de ellos las desgracias de todas. Recibe pues su agradecida memoria, y pues

fuiste en carne mortal apóstol triunfador de los corazones, triunfa ahora desde el cielo de los nuestros, y añade á los inmortales laureles que coronan tus sienes el de vernos por medio tuyo triunfantes y victoriosos en la gloria.